

Cuando murió toda la ciudad tuvo gran sentimiento. ¡No ha quedado á los hijos del Seráfico Patriarca algo de este poder, que, por la inocencia y el amor, reconquista el imperio sobre la naturaleza, doma y suaviza los caracteres más feroces y hace habitar en un mismo aprisco al lobo y al cordero!

Los días de fiesta que se permanece en Ain-Karem están llenos de emociones, de paz y de alegría; por esto la palabra ¡adiós! que se repite sin cesar en los viajes causa verdadera melancolía y recuerda al viajero que el hombre en la tierra no aparece sino un día, que pasa como una sombra, dejando apenas de su paso algunas huellas que un momento después desaparecen.

A doce kilómetros al este de Belén, en las escarpadas márgenes del torrente del Cedrón, existe un famoso monasterio que lleva el nombre de San Sabas (Mar Saba). Imposible es dar una idea del agreste y áspero aspecto de aquellos lugares, horrible desfiladero erizado de peladas y amenazadoras rocas sobre las que parece cernerse la desolación: la imagen de la muerte, acompañada del sepulcral silencio, es lo único que se ve á doquiera que se vuelven los ojos. Y sin embargo hubo un tiempo en que aquel espantoso desierto se llenó de piadosos cenobitas atraídos por el amor de Dios y de la soledad y disgustados del mundo y sus vicios. Ved sino en las hórridas peñas que forman el monte las infinitas celdas en ellos practicadas; allí miles de anacoretas, teniendo á Dios por único testigo de su austeridad, animaban con sus santas salmodias los ecos mudos hoy de aquellas soledades.

Eutimio de Melitene se retiró á aquel lugar en el año de 405; la santidad de su vida atrajo á gran número de personas que de todas partes acudían á consultarle y á numerosos discípulos, á los que colocó bajo la dirección de Theostistio, compañero que era de sus trabajos y de su penitencia. La emperatriz Eudoxia fué una de las que se presentaron para consultar con San Eutimio y como no podía dársele entrada en el cenobio, habitó en una torre que para ello se construyó expresamente. Al desierto de Rubán, á donde se había el santo retirado, fué á buscarle Theostistio, y logró que consintiese hablar á la princesa, la cual, por sus consejos, abandonó la doctrina de Eutiques para volver á la unidad de la Iglesia. San Sabas, nacido en 439, ferviente discípulo de Eutimio, le sucedió, y fundó el monasterio en el punto donde existe todavía, reuniendo á su alrededor prodigioso número de anacoretas. Quaresmio, que es autor por lo general bien informado, asegura que en el desierto de San Sabas, vivían diez mil anacoretas y cuatro mil monjes cristianos que buscaban allí la paz que en aquella triste época

les negaba el mundo, sobre el cual derramaban torrentes de impiedad y angustia las herejías y las invasiones bárbaras. San Sabas dirigió á todos por las vías de la penitencia, y los edificó con la sublimidad de sus virtudes. Dos veces dejó el desierto, á pesar de su amor al silencio y á la soledad, para ir á Constantinopla á abogar por los oprimidos: reinando el emperador Anastasio, protector de los monofistas, no vaciló en el año 513, sin temor á las tropas del príncipe, en fulminar público anatema contra los valedores de la herejía condenada en el concilio de Calcedonia. En otra ocasión, en el año de 530, sublevados los samaritanos de Naplusa asesinaron á muchos cristianos é incendiaron su iglesia; para contenerlos y castigar sus desmanes Justiniano envió contra ellos un hueste, y entonces Arsenio, hombre sagaz y elocuente, amigo que fuera de Juliano el Apóstota, se presentó en Constantinopla para implorar en favor de los alzados la clemencia imperial. Según él (recurso á que con frecuencia apelan los verdugos), las víctimas resultaban ser los culpables y entonces fué cuando, á ruego de los cristianos de Palestina, el venerable anciano, que contaba más de noventa años, Justiniano, que le recibió con gran respeto, otorgóle cuanto le pidió en favor de los perseguidos. De vuelta el santo á Palestina falleció á poco en el año de 532, siendo su muerte muy llorada por todos los cristianos y en especial por sus numerosos discípulos.

Refiere el príncipe Radziwill que en tiempo del sultán Selim fueron asesinados más de mil, con el pretexto de que, siendo tan grande su número, podrían fomentar sediciones.

Ocho días antes de la toma de Jerusalén por Cosroes se presentaron sus escuadrones en San Sabas; poseídos de terror los piadosos solitarios se dieron á la fuga, y únicamente quedaron allí cuarenta y cuatro. Los soldados, después de saquear la iglesia, no pudiendo arrebatarse nada á quienes nada poseían, los mataron entre horribles tormentos.

Cuando se creía en la necesidad y eficacia de la oración podíase defender la vida monástica citando los preceptos y ejemplos de Jesucristo; ahora empero sólo se puede preguntar á los bárbaros que invaden los conventos como los soldados de Cosroes: ¿con qué derecho queréis impedir á los demás que se consagren á la oración? Tenéis derecho á ser escépticos, ateos, paganos, ¿y no queréis dejar á los cristianos, á los afligidos, el derecho de llorar ó hacer oración ajenos á vuestros ejemplos y persecuciones?

«Si es cierto, como pudiera creerse, escribe uno de los escritores más elocuentes del siglo, que una cosa es poéticamente bella en razón de la antigüedad de su origen, fuerza será confesar que la vida monás-

tica tiene ciertos derechos á nuestra admiración, pues comenzó en las primeras edades del mundo. El profeta Elías, huyendo de la corrupción de Israel se retiró á las desiertas orillas del Jordán, donde se mantuvo con hierbas y raíces en compañía de algunos discípulos. Sobrado maravilloso me parece este origen de las órdenes religiosas, sin necesidad de registrar la historia de tiempos más remotos. ¿Qué no hubieran dicho los poetas de la Grecia, si hubiesen hallado por fundador de los sagrados colegios un hombre arrebatado al cielo en un carro de fuego, y que debe volver aparecer en la tierra el día de la consumación de los siglos?

»La vida monástica, por una sucesión admirable, descende por medio de los profetas y de San Juan Bautista hasta Jesucristo, que se ocultaba del mundo muchas veces, para ir á orar en las montañas. A poco tiempo los terapeutas, abrazando las austeridades y la perfección del retiro, ofrecieron cerca del lago de Meris, en Egipto, los primeros modelos de los monasterios cristianos. Por último, en tiempo de Pablo, de Antonio y de Pacomio, aparecieron los santos de Tebeida, que llenaron el Carmelo y el Líbano de obras ejemplarísimas de penitencia. De lo interior de las más espantosas soledades se levantó una voz de gloria y de maravilla: confundieronse los divinos conciertos con el ruido de las cascadas y de los torrentes; los serafines visitaban el anacoreta habitante del peñasco, ó arrebatában á las nubes su alma acrisolada; los leones eran mensajeros del solitario, y los cuervos le llevaban el maná celestial; las ciudades envidiosas y rivales, vieron caer su antigua reputación y entonces fué el tiempo famoso del desierto.»

Caminando así de prodigio en prodigio en el establecimiento de la vida religiosa hallásemos una segunda especie de orígenes, que Chateaubriand llama locales, y cuyos orígenes son tan gratos y curiosos como los primeros. A las puertas de Jerusalén, en la casa que fué de Pilatos se construyó un monasterio; en el monte Sinaí, en el lugar terrible donde Jehová dictó sus leyes á los hebreos, vimos el de la Transfiguración, y otro convento fué erigido en la montaña donde Jesucristo se despidió de la tierra.

¿Y en el Occidente? Las fundaciones de los conventos nos presentan lugares consagrados por interesantes aventuras ó por acciones sublimes de caridad.

«La historia, los sentimientos tiernos y afectuosos del corazón, la caridad, todo se disputa el origen de los monasterios.

»Las persecuciones de los romanos contribuyeron en un principio á poblar las soledades, y después, á consecuencia de haber invadido los

bárbaros el imperio, rotos en fin todos los vínculos de la sociedad, ya no quedó á los hombres esperanza alguna sino en Dios, ni otros refugios que los desiertos. Formáronse congregaciones de desdichados en las selvas y los parajes más inaccesibles, las fértiles llanuras quedaron en poder de salvajes que no sabían cultivarlas, en tanto que en las áridas cumbres de los montes habitaba otro mundo que aquellos peñascos escarpados había salvado como de un segundo diluvio los restos de las artes y civilización. Y así como los puros manantiales de agua viva se deslizan de los parajes elevados para fertilizar los valles, así también bajaron poco á poco de las alturas los anacoretas, para llevar á los bárbaros la palabra de Dios y la dulzura de la vida.»

Y no se diga que no existen ya entre nosotros las causas que dieron origen á la vida monástica y que, por consiguiente, los monasterios y conventos han llegado á ser retiros inútiles. Pues ¿cuándo han cesado tales causas? ¿No hay ya por ventura huérfanos, enfermos, viajeros pobres y desdichados?

«Además: Cuando los males de los siglos de barbarie han desaparecido, la sociedad, tan hábil en atormentar á las almas como ingeniosa en el dolor, ha sabido facilitar muy bien otras mil razones de adversidad, que insensiblemente nos conducen al retiro. ¡Cuántas pasiones burladas, cuántos ocultos sentimientos descubiertos por aquellos mismos á quienes los habíamos confiado, y cuántos amargos disgustos nos apartan frecuentemente del bullicio del mundo! Consolador recurso es el de unas casas religiosas, donde se halla un retiro seguro contra los reveses de las fortunas y las tempestades del corazón propio. Una huérfana abandonada de la sociedad, en aquella edad en que la negra seducción halaga á la hermosura y la inocencia, sabe á lo menos que encuentra un asilo donde nadie se propondrá burlarla. ¡Cuán dulce debe ser para aquella pobre desconocida sin padres el oír resonar allí en sus oídos el dulce nombre de hermana! ¡Oh, qué numerosa, qué pacífica y bondadosa familia la restituye la religión cristiana! Un padre celestial le abre su casa y la recibe en sus amorosos brazos.

»Es ciertamente una filosofía muy bárbara y una política muy cruel el querer obligar al desgraciado á vivir en medio del mundo. Tan desmoralizados son algunos hombres, que no han tenido ningún escrúpulo en hacer, ó desear al menos, que sean comunes sus deleites y placeres; mas la adversidad, teniendo su egoísmo más noble, se oculta siempre para gozar de sus placeres que son sus lágrimas. Si hay lugares destinados para buscar la salud del cuerpo, ¿por qué no se ha de permitir á la religión que los tenga también para la salud del alma,

que está mucho más expuesta á las enfermedades, y cuyas dolencias son mucho más dolorosas, más largas y más difíciles de curar?»

¡Se ha pretendido confiar la desgracia á la compasión de los hombres, y poner el conflicto bajo la protección de los mismos que ocasionan las desdichas y el llanto! Preciso es una caridad superior á la nuestra para aliviar la indigencia de una alma desdichada; sólo Dios es bastante rico para socorrerla.

Hay que reconocer, finalmente, que no hemos nacido todos para manejar la azada ó el molquete, para las artes ó industria, para la ciencia ó las armas, y que hay de una delicadeza particular formados para el trabajo mental, así como otros lo son para las fatigas corporales. Es cierto: en lo interior de nuestro corazón tenemos mil motivos para amar la soledad, los unos son inclinados á ella por una idea dirigida á la contemplación; otros por cierto pudor timorato que les hace que amen habitar, digámoslo así, en sí mismos; y hay almas tan bondadosas que buscando, aunque en vano, en la naturaleza otras almas á propósito con quien puedan unirse, parecen condenadas á una especie de virginidad moral ó de viudez eterna.

¡Cuán injusta ha sido pues la humanidad en consentir se destruyeran esos santuarios venerandos del heroísmo de la caridad y de la elevación de los espíritus! Los golpes de la piqueta destructora han ido directamente al ideal de la humanidad.

El monasterio se levanta entre peñascos á cuatrocientos pies sobre el torrente, que en aquel punto es llamado por los árabes Ued-er-Rahib (valle de los Monjes), y preciso es haber recorrido sus innumerables escaleras é infinitas galerías para formarse idea de aquel laberinto labrado á pico en la falda de la montaña. Chateaubriand escribe de él en estos términos: «Dudo que haya monasterio en el mundo que por lo triste y agreste pueda compararse al de San Sabas, construido en el barranco del Cedrón, que puede tener en aquel punto de trescientos á cuatrocientos pies de profundidad. El torrente está seco, y sólo en primavera corre por él una agua roja y fangosa. La iglesia ocupa una eminencia en el fondo del cauce, y desde allí los edificios monacales se alzan unidos por escaleras perpendiculares y pasadizos labrados en la peña en la vertiente del barranco, y llegan hasta la cima del monte, donde terminan con dos torres cuadradas. Una de ellas está fuera del recinto del monasterio, y sirve de puesto avanzado contra los árabes, descubriéndose desde allí las estériles cumbres de los montes de Judea; al pie vese el lecho seco del Cedrón é infinitas cuevas que fueron morada de los primeros anacoretas. En ellas anidan hoy gran número de

azuladas palomas, como para conmemorar con sus arrullos, su inocencia y mansedumbre, á los santos que poblaron en otros tiempos estas rocas.»

La monástica fortaleza de San Sabas está flanqueada, en efecto, por dos torres en el lado occidental: la de la derecha, separada del recinto, queda reservada para las mujeres, ya que la entrada en el cenobio les está rigurosamente prohibida; la de la izquierda, más elevada y de construcción más sólida, es atribuída á la época de Justiniano, lo mismo que gran parte del actual monasterio; desde ella el monge que allí vela constantemente descubre todos los caminos de las cercanías, y al aproximarse alguna banda de beduinos puede dar con tiempo la voz de alarma. Al pie de esta torre existe una puerta de hierro; única que da ingreso al primer patio interior. El peregrino que á la misma llama en demanda de hospitalidad ve, transcurrido algún tiempo, descender una cesta atada al extremo de una larga cuerda; en ella ha de colocar la carta de recomendación que ha debido de obtener del patriarca griego de Jerusalén, y el cesto vuelve á subir otra vez. El monge de guardia entrega la carta al *higumeno* ó superior, y á poco ábrese la puerta. Precauciones todas que la prudencia y la experiencia de pasadas catástrofes aconsejan en aquel solitario país y entre los árabes nómadas que lo recorren.

Dentro ya del monasterio empezamos por subir á la torre, edificada, según tradición que se ha conservado hasta nuestros días, por la madre de San Sabas, la cual hizo en ella su morada, y desde aquella altura, dominando al torrente, contemplemos en el opuesto lado del gigantesco barranco el gran número de cuevas abiertas en la peña y casi inaccesibles muchas donde vivieron en los primeros siglos del cristianismo infinitos anacoretas, á los cuales sólo por medio de cuerdas ó escalas era posible la entrada y la salida. En aquella singular colmena de celdas, separadas unas de otras por espantosos precipicios y suspendidas todas en la boca del abismo, los ermitaños se entregaban á la oración y á la penitencia apartados en realidad de todo el mundo; un poco de agua y un frugal alimento, cuya provisión renovaban de tarde en tarde, les bastaban para el sustento del cuerpo, mientras el alma, despreñida de cuantos cuidados atormentan á los demás hombres, había de elevarse más libre á las alturas del cielo. Aquellas celdas hállanse hoy desiertas y silenciosas; pero los pequeños muros en seco que se conservan todavía en la abertura que les sirve de entrada, atestiguan que tuvieron en otro tiempo habitantes, conforme refiere la tradición y la historia.